

SELENE HERNÁNDEZ LEÓN

Su voz es un faro que forja mis sueños.
Fragor que recorre el paisaje,
hacia la piel del puerto donde me olvida.

Le reviento cien palabras de diablo
en este desierto de latidos.
Al menos un ave que esquive su viento en golondrina.

Lo miro encajarse codos entre ventanas.
Detrás de esa montaña
sonrío entre brechas como labios.

Nunca verá los dibujos en mi boca
son matices de ola con otro nombre.
Cópula del sol que calla por silencio.

Un ángel enfermo de fingir
me apaga la luz
y cuenta las horas.

Con bondad y furia,
el otoño crepita en mi pecho.
Se revienta en hojarascas
contra el precipicio de la ventana.

Un instinto de ciudad aguarda en el sueño.
Es extrañar el sol y salir de casa
destripando lagartijas.

Acerco el banquito a la puerta.
Doy paso a los gritos,
a los girones azules
—azulísimos—,
que la mirada sucia ve con amor.

La cortina encanece en amenazas
y tropiezos de aire.
Pero nadie se queda, tarde ni temprano,
con el alma de nada.

A fuerza del deseo,
me enamoro de todos.
Enciendo el rostro
que poco a poco me preocupa.

Las cuerdas desgajan la cuesta.
Nada puede contenerme.

Los ácidos se desplazan por la boca
y así,
todos contentos.

Para que la lluvia cambie de ropa,
se lava toda la noche.
Le cuentas la historia de lavanderas nocturnas.
Enjuaguen la tierra a mitad de piedra,
que no quede mitad.

A lo lejos se ven las familias, huecos.
Las hijas acomodan la escoria.
(Esto no parece cierto,
porque el techo es de agua).

Y al entrar,
el aire mutilado debajo del agua rebasa el incendio,
un color amarillo se filtra por los cristales.
Las gorgonias cuentan
de pies a brazos
mentirillas de fósforo.

Quiero llorar pero
la licuadora está prendida y
la fogata de pronto se vuelve amable.

Lo hice una, otra
y una vez más.
Oírte sin sacar la cabeza de la pecera.